

EL LABRADOR Y LA MUERTE

DE JOHAN VON SAAZ

El amor y la muerte son inevitables; también son temas de las ciencias, el arte y la poesía. Shakespeare decía que el amor vence a la muerte, y lo demostró; sin embargo, casi todos sus amorosos y amantes personajes mueren en plena juventud. Años antes de que Shakespeare produjera su obra, Johan von Saaz escribió el texto que nos ocupa: *El labrador y la muerte*, donde la muerte dice al labrador:

Todos los sabios han codiciado y alabado semejante favor cuando decían: "Mejor es morir en el instante en que mejor se vive". No tiene buena muerte quien la codicia; ha vivido demasiado tiempo quien nos llama para morir. ¡Pena y desgracia son la parte de aquel que es agobiado con la carga de la vejez!, ¡por más riquezas que tenga, debe ser considerado pobre! (Von Saaz, 2000:59)

En "De la extraña aventura que le sucedió al valeroso Don Quijote con el carro o carretas de Las cortes de la muerte" de Cervantes, entre burlas y veras, se alude a la muerte en varias ocasiones, particularmente la del protagonista. En México, del Zompantli y el Mictlan a la "putilla del rubor helado" gorostiziana, la muerte ha estado presente. *Muerte sin fin* es un poema universal de lo celeste y de vida-muerte-vida y otros tópicos. Por su parte E.M. Cioran aseveraba que la vida es una enfermedad que se cura con la muerte.

Del autor hay escasa información. Jorge Luis Borges no lo menciona ni en *Antiguas literaturas germánicas* ni en *Literaturas germánicas medievales*. Sólo Rodolfo E. Modern en su *Historia de la literatura alemana* (1972, México, FCE) señala que:



Un diálogo con un fermento humanístico y un uso deliberadamente estilizado de fórmulas alegóricas, expresiones bíblicas y contenido hondamente dramático, una de las obras maestras indiscutibles de este periodo es *Der Ackermann und der Tod* (*El labrador y la muerte*). Su autor Johannes von Tepla (1351-1415) fue rector de la escuela latina y secretario del ayuntamiento de Saaz, y murió en Praga. Este hombre de letras, empapado con las nuevas tendencias humanísticas que irradiaban desde Italia a la corte de Carlos IV, y también influido por la literatura sagrada, publicó, movido por la muerte prematura de su joven esposa, un denso diálogo entre el Hombre, personificado por un labrador, y la Muerte, la criatura más poderosa e invencible. Las tiradas acusatorias del primero, llenas de sentimientos contrapuestos de rebeldía, compasión, cólera e ironía, son contestadas con el conocimiento seguro de lo inevitable que es propio de la Muerte. Agotada la argumentación, Dios toma la palabra y otorga honor al labrador, pero da el triunfo a su antagonista. El Hombre, confortado con la palabra divina, se acoge por fin, con resignación, a la voluntad de Dios. Esta auténtica joya, que alcanzara el privilegio de numerosas copias manuscritas y una impresión en 1460, fue olvidada desde el Renacimiento alemán hasta su feliz redescubrimiento por Gottsched en el siglo XVIII, y tanto el aliño de su rica prosa, como la estructura medieval que le es característica, la señalan entre las escasas obras importantes de este periodo.

Roberto Helbig, traductor y prologuista de la reciente edición del Instituto Mexiquense de Cultura, precisa que "se conservan de [la obra] más de 30 manuscritos e incunables, casi todos ilustrados con dibujos y xilografías. La obra figura entre las primeras impresiones que salieron entre los años 1460 y 1464 de la prensa de Albrecht Pfister, en Bamberg".

El arte de Johan von Saaz es proverbial y está impregnado de sapiencia. Así, en un fragmento del texto, el labrador exclama "¡Véngame en la persona de la consumada archibribona, la Muerte, Dios, ven-



gador de todo delito!" y, en otro la muerte declara: "El hermano del comienzo es el final [...] Los hombres viven en la tierra como forasteros. Deben pasar del ser al no-ser. La vida humana se desliza con pies ligeros: ahora, vivir; en un abrir y cerrar de ojos, morir."

Sobre la obra de Saaz, Hermann Schneider, citado por Helbig señala que:

Lo realmente asombroso en él es la voluntad de forma que se realiza en la frase, en el periodo y en la construcción entera. No interesa tanto cómo lo consigue sino que lo consigue; interesa que a un escritor de su época le ocurriese esforzarse en tal medida y dar en frases aparentemente sencillas y equilibradas una muestra de arte tan perfecto.

Finalmente, vale la pena establecer un paralelo entre *El labrador y la muerte* y la *Danza de la muerte*, anónimo del siglo XV registrado en el códice del Escorial, texto en el cual la muerte dialoga con diversos personajes, sobre todo de la clerecía, pero donde también aparece un labrador. Esta obra marca influencia en la producción de Jorge Manrique, Gil Vicente, Miguel Ángel de Quevedo y Calderón, entre otros escritores.

Es importante celebrar que Guillermo Fernández y Félix Suárez, artífices de la colección "La Canción de la Tierra" hayan preparado esta edición de resonancias mahlerianas, ilustrada con el hexágono *L'agricoltura* de Andrea Pisano que la dotan de manifiesta dignidad editorial.

Las palabras y el mensaje permanecen; como se expresó al principio, la muerte y el amor, también la vida, son inevitables. LC

Johan von Saaz, *El labrador y la muerte*, (Col. La Canción de la Tierra, Núm. II), Instituto Mexiquense de Cultura, Toluca, 2000.